

\_ESPERANZA MENDIETA

\_Ilustraciones M.<sup>a</sup> ÁNGELES CUARTERO

# ADENTRO



Mira la Mikado, una preciosidad, una máquina de vapor que le ha traído el Plata para que le arregle las bielas y que nunca pudo darse el gusto de regalarse ni a sí mismo ni a Verónica. Ni siquiera Esteban tuvo nunca ninguna. Al Plata no le gustan los trenes, pero su cuñado es un loco de las maquetas y su hermana le ha pedido el favor: "Mira, Trenes, que ya sabes como es mi hermana y el Paco es un zarpas. Que si le echas un vistazo..." Así que no se había podido negar. Además, después de pintar la carcasa de una locomotora Diesel americana con los colores de RENFE que le había encargado Trini, se había quedado sin nada que hacer.

—Nos traen a uno nuevo —el Plata se tumba en su litera y se saca un cigarro.

No dice nada. No le gusta la gente nueva en el chabolo. El Manu no le era simpático pero ya sabía a qué atenerse con él y cada uno en su sitio. Y ahora que lo han trasladado y que estaban más anchos, les tienen que meter a otro.

—Es una nena... —el Plata se ríe—. Lo he visto en la galería. No tendrá más de veinte tacos... Me muero por ver qué hace el Teo...

El Teo es el kie del módulo. Le gustan tiernos. Lo suyo va para largo y con algo tiene que entretenerse. A él no le parece mal con tal de que los chavales estén de acuerdo...

—Seguro que se lo come esta misma noche...

La Mikado tiene las bielas dobladas. Al tal Paco habría que romperle las manos. Ya lo dicen por ahí: Dios da pan a quien no tiene dientes. La observa minuciosamente. No, no parece tener nada más. Es una pena porque no va a poder probarla. La vía para pruebas se la partió el Plata sin querer al sentarse sobre ella. Lo sintió tanto que ha llamado a la Mari, que es su mujer, y le ha pedido que le compre dos metros de vías, para compensar los días que va a estar sin poder probar ninguna máquina. El Plata es un buen tío. Un poco bestia pero legal. Y de éstos hay pocos en el talego.

—Un día tendrías que probar algún culito... Te aseguro que si cierras los ojos no notas la diferencia...

Va a contestarle que a él no le va ese rollo y, en ese instante, se abre la puerta y entra un chaval. Sí, es una nena. Los cabellos y los ojos muy negros. La mirada con susto. Y una carita de efebo griego que tira para atrás. Igual luego es un chapero más curtido que el pato Lucas.

—Hola... —se para en el medio del chabolo, como un pasmarote.

—Tu litera es la de abajo. Yo duermo aquí y el Trenes, en la de arriba. Yo soy el Plata... ¿Y tú quién eres?

El chico se muerde los labios. Tiene un moretón en la comisura del labio. Fijo que ha sido el Macaco. Se sobra siempre con los nuevos. Basta que no le oigan eso de "los calzoncillos también" para que les arree en la boca.

—Me llaman el Rizos...

—Bonito nombre... —el Plata se ríe a carcajadas—. Al amiguito del Teo lo llaman el Rubio...

El chico deja sus cosas encima de su litera y se sienta en ella.

—¿Quién es el Teo?

—El Teo es el que manda aquí. Y más vale que le digas a todo que sí... Le gustan las nenas —se levanta—. Me voy al comedor. ¿Venís?

Él niega con la cabeza. Nunca baja a cenar. Está engordando y ha decidido suprimir las cenas de su dieta. El chaval niega a su vez.

—Allá vosotros... —y se va.

El chaval se acerca a la puerta, parece como si quisiera seguir al Plata. No, se vuelve y le mira. Él desmonta las bielas. Ha debido ser una caída. Saca la caja de herramientas. Rebusca un poco.

—¿Yo... yo soy una nena?

Él se toma su tiempo para contestar. Saca un pequeño martillo e intenta enderezar las bielas. Están peor de lo que creía. No, no ha debido ser una caída...

—Sí, chaval, sí... eres una nena.

—Joder —le oye tragar saliva y tumbarse.

# A D E N T R O

ROLDE 114\_40

## II

Trini lo mira desde el otro lado. Está muy guapa. Desde que se ha quedado viuda está más joven. Trini era su vecina y la dueña del bar donde él y Sandra se tomaban los vermouths los domingos. Ella y Sandra se hicieron íntimas; y él y Esteban compartían la maqueta que Esteban tenía en la trastienda. Todo iba bien hasta que decidieron tener niños. "A la vez", decía Sandra, "para que jueguen." Y a Trini le diagnosticaron una matriz infantil. No, a Trini la vida no la ha tratado nada bien.

—¿Qué tal el bar?

—Esperándote, ya lo sabes... —y sonrío.

Ya se lo dijo Esteban: "Tú no te preocupes, que en cuanto salgas te vienes con nosotros. El bar va muy bien y da de comer a tres." Ahora ya sólo serían dos. No, todavía no sabe qué hará cuando salga.

—No hace falta que vengas todas las semanas.

—Ya lo sé —lo mira como sólo ella sabe mirarlo—. Así se me hace más corta la espera... En realidad, lo hago por mí...

Sonríe. Él está convencido de que Trini está enamorada de él y lo malo es que no puede hacer nada. Le agradece infinito a ella y a Esteban que cuidaran de Verónica cuando... pero... no puede enamorarse ahora.

—¿Qué tal está la maqueta?

—En su sitio. Ayer le pasé el aspirador... con mucho cuidado. Tranquilo, que esta vez no me he llevado a ningún guardabarreras.

Aún se acuerda del disgusto que tuvieron los tres. En su afán por limpiar, Trini le había dado al aspirador y... menudo destrozo. Se pasaron más de una semana reparando los desperfectos. Verónica se empeñó en abrir la bolsa del aspirador. No la dejaron, claro.

—Eso espero...

—¿Sigues sin cenar?

—Bueno... Sí... Se me estaba poniendo barriga.

—No digas tonterías... Haz el favor de comer como siempre, no quiero que salgas hecho un arguello.

Se echa a reír. Siempre le ha hecho gracia la palabrita. Verónica la oyó no se sabe dónde y todos la acabaron empleando. "Papá esa montaña parece un arguello, haz el favor de quitarla". Sí... el último día Verónica también parecía un arguello.

## III

El nuevo lleva más de dos semanas en el chabolo. Contra todo pronóstico, el Teo lo ha dejado en paz. Está limpiando las ruedas de un vagón que él tenía en una caja y que están llenas de polvo. El trabajo es monótono pero, como decía Verónica, relaja. Al chaval le gustan los trenes y entiende bastante de máquinas. De crío vivió muy cerca de las vías del tren. Por eso se pasa muchas horas sentado a su lado, mirando cómo trabaja y echándole, de vez en cuando, una mano, algo torpe, por cierto, pero cargada de buena intención.

—Una vez, una 333 que llevaba coches se averió casi enfrente de mi casa... ¿y sabes qué hice?

Se encoge de hombros mientras le pone un diodo a la Mikado del cuñado del Plata. No llevaba luces traseras y una máquina sin luces traseras es como una tortilla de patata sin patata. Ha tenido que hacerle los agujeros a la carcasa.

—Pos que...

—Pues —le corrige.

—Pues que me subí en uno de los vagones y me monté en uno de los coches. Como un señor. Joder y va y me duermo al volante. Y amanecí en Bilbao. Vaya susto. Un tipo me vio y llamó a mi madre. Menuda bronca me cayó... Pero me devolvieron a casa en la cabina del tren. Joder, tío, fue alucinante.



Él lo mira y se sonríe. Parece un crío. A veces, sus ojos le recuerdan a Verónica. Coloca la Mikado sobre la vía de pruebas. Ahora tiene más de dos metros. La mujer del Plata se ha portado. El chabolo no es muy grande, pero entre el Rizos y él han colocado una estantería con varios trozos de panel que les dio el Sarna, el del taller de carpintería. Ahora el Rizos se tiene que levantar con mucho ojo por las mañanas, la estantería le queda a la altura de la cabeza y más de una vez se ha dado un buen golpe. Le da al transformador y la Mikado se desliza suavemente. Se inclina para mirar desde la perspectiva adecuada. Perfecto. Las luces le saludan desde la parte posterior. El Rizos juguetea nervioso con las ruedas del vagón.

–Quieto, hombre, que te las vas a cargar.

–¿Por qué estás aquí? –le ha debido costar mucho hacerle esa pregunta porque el Rizos se corta enseguida.

–¿No lo has preguntado por ahí?

El chaval vacila un poco y luego contesta.

–Sí, pero nadie me lo ha dicho...

No se lo cree porque lo sabe medio mundo. Su caso salió hasta en la CNN. Y en el talego siempre hay alguien dispuesto a contar las miserias de los otros. La Mikado avanza hacia el final de la recta. La para. No sabe si darle marcha atrás o darle la vuelta.

–¿No lo viste en la tele?

–Pos no...

–Pues no.

–Pues eso, que no...

Decide darle la vuelta. Le gusta verla dirigirse hacia él, como si lo fuera a arrollar...

–¿Y tú por qué estás aquí?

–Si ya lo sabes...

Sí, ya lo sabe. Hacía de correo para un tipo que ni siquiera conocía. Un buen marrón para un crío tan ingenuo. Porque el Rizos no es más que un ingenuo. Sin pizca de malicia y más infeliz que un cubo sin asa. Su dedo sigue la trayectoria de la Mikado.

–Tienes razón... Ya lo sé. El Plata me ha puesto al día... Pues mira, yo no estoy aquí por eso.

–¿Es verdad lo de tu hija?

Lo sabe, es evidente. El Plata larga más de la cuenta. Es un bocazas. O quizás no ha sido el Plata. Vete a saber.

–Sí, es verdad...

# ADENTRO

ROLDE 114\_42

–Joder... ¿Y todo lo demás?

La locomotora se aproxima peligrosamente al final de la vía. La para justo en el borde. Tiene que poner unos topes. No servirían de nada en caso de despiste pero... Da la marcha atrás y se coloca en el otro lado. La Mikado se acerca a él. Parece que le fallan las luces. No habrá hecho bien la conexión. La coge y desmonta la carcasa.

–Sí, todo lo demás también es cierto.

–Joder, joder... Qué huevos tuviste, Trenes... ¿Es esa chica de la foto?

Siente cómo el corazón se le llena de lágrimas. Hace mucho tiempo que no mira la foto que tiene pegada en la pared de su litera. Como si en vez de Verónica hubiera allí un desconchón. El Rizos coge la foto. Ahí tenía doce años, el pelo muy corto y esa sonrisa que volvía locos a los chavales de la calle.

–Joder, qué bonita era...

## IV

El Plata lo mira mientras echa una calada. Acaba de subir del locutorio. Trini le ha traído un paquete rebosante de cosas. Y cómo no, bombones de licor para el Plata.

–Tu Trini es una joya. A mi Mari, mira tú lo que le cuesta traerme una cajita, pues no hay manera... –dice mientras se toma el segundo bombón.

–Se acabó, que no estás acostumbrado... –y se los quita.

El Plata privaba mucho antes de entrar en el talego. Se ponía violento, dicen. No le pegó nunca nadie, sólo le daba por los muebles. “Media casa tengo nueva gracias a éste y a sus vodkas”, decía la Mari medio riéndose. Pero Trini no puede olvidar que, gracias al Plata, consiguieron un abogado que les hizo caso, porque el primero... Aunque a él le daba igual, prefería no acordarse.

–Oye... la Trini... a mí que me parece que... –vuelve a coger la caja y se come otro.

Ya estaba. Suponía que los rumores serían del tamaño de un camión.

–Pues no. Yo estoy seguro que no... –le da la locomotora de su cuñado. La ha tenido más tiempo del preciso, pero es que una Mikado de sesenta mil pesetas no se tiene todos los días en la mano-. Como nueva. Y con luces. Regalo de la casa.

–Joder, Trenes, cómo te portas. Esto hay que celebrarlo...

–Sí, con bombones. Pásame uno, Plata, no seas avaricioso –el Rizos le alarga la mano y el Plata le da uno-. Esa Trini es guapa. Es mayor, pero muy guapa...

–¿Mayor?

–Quiero decir... así, como tú...

–O sea, que te parezco viejo...

–Joder, Rizos, que te vas a ganar una hostia. Que yo le llevo doce años al Trenes y no me considero viejo, ¿estamos? –el Plata se pica mucho con eso de la edad.

–No, si no digo mayor...

–No lo arregles, anda. Que será peor... –el Plata le da una colleja floja.

–¿Es tu novia?

–No, no es mi novia. Y punto pelota, ¿estamos?

El Rizos asiente mientras tose. El licor se le ha ido por otro sitio. El Plata le da unos golpecitos en la espalda.

–Vamos, Trenes, que hay confianza... Ella está deseando y tú... –el Plata cierra la caja.

–Mejor lo dejamos –y sale a la galería.

Trini es la mujer más extraordinaria que conoce. Sabe que ahora que Esteban ya no está... Siempre notó algo pero... él quería demasiado a Sandra, y Trini, a su manera, quería a Esteban. Y después, cuando Sandra murió en el parto y ellos se ocuparon de todo... Jamás se le hubiera ocurrido traicionar a Esteban. Trini se conformó con poder querer a Verónica y él agradeció que no... Y ahora, no. Cree que no podrá volver a querer a nadie ya.



–¿Echamos una partida en el ordenador del Sarna?

–Vale –el Sarna ha traído un juego para hacer trazados de ferrocarril que le encanta al Rizos. Verónica también se hubiera vuelto loca. Se pasaba los días pensando nuevos recorridos para la maqueta de Esteban.

## V

–¿Volverás a hacerlo?

Él moldea con un soldador el corcho blanco que hará las veces de montaña. Le sorprende. El Plata y muchos más le han preguntado siempre si volvería a hacerlo... no si lo hará de nuevo...

–¿Tú qué crees?

El Rizos pega con cola blanca un pañuelo de papel para dar rugosidad a otra montaña de corcho. No le queda mal pero no puede olvidar la destreza de Verónica. Era tan meticulosa...

–Yo creo que no. Que lo quieres tener acojonao pero que con una vez aquí, te sobra...

Siguen cada uno en lo suyo. Piensa en lo que le ha dicho el Rizos. Tiene razón. No quiere volver al talego. No se arrepiente, pero ha tenido bastante. Además, el miedo, a ese cabrón, no se lo va a quitar nadie. Ha oído que todavía tiene que ir a rehabilitación. Y lo que le queda... No sabe cuántos golpes le dio, pero sabe que le rompió casi todos los huesos de las piernas y muchos de los brazos. No, no quiso matarle. La venganza sólo se puede saborear si el otro sigue vivo para recordarla.

## VI

Lo ha encontrado encogido en su litera. Al principio se ha pensado que estaba malo, pero después no. Ha habido algo en su postura que le ha recordado a Verónica.

–Rizos, qué pasa...

Se sienta a su lado. El Rizos mira al vacío mientras él le aparta el pelo de la cara. Un moretón en su mejilla y unos chupones en su cuello le dicen lo que ha pasado. Ha sido el Teo. Lo sabe. Al Rubio le dieron la bola el día anterior. Tenía que habérselo imaginado... El Plata entra en ese momento. Suspira con cara de circunstancias.

–El Teo... y los Rosales... –los Rosales son dos gemelos que siguen al Teo a todas partes–. Lo han llevado al almacén... Iba a decírtelo pero... te conozco...

Piensa en Verónica. De repente fue como si se la hubieran quitado y hubieran dejado en su lugar una muñeca. Pasaron muchas semanas hasta que ella le dijo muy bajito y sin mirarle: “Quiero salirme de aquí” y se pellizcaba el corazón. La psicóloga le dijo que, normalmente, lo que buscan las víctimas es un agujero muy negro donde meterse, no le dijo nada de salir de ningún sitio. No le dijo que Verónica acabaría saliéndose de su corazón tirándose por la ventana. El Rizos sigue mirando sin ver; le caen lágrimas silenciosas, suaves, casi dulces. No oye nada, lo sabe. Ya no existe nada más que su dolor.

–Se le pasará... Tranquilo, Trenes, que esto no es como lo de tu chica... Que la chiquilla no tenía más que trece años... que era una niña aún... El Rizos es fuerte. Es un tío. Aquí casi todos los chavales pasan por esto y yo no sé de ninguno... –se calla. Hace un año, un chaval un poco más joven que el Rizos, en el Módulo seis, se cortó las venas. Y todos saben por qué.

Él sale, no hace caso del Plata que le pide que no sea loco, que el Teo tiene muchos amigos... Ya no oye más. Se dirige al taller de carpintería. Allí encontrará lo que busca. Va a volver a hacerlo. Sabe que no podrá salvar al Rizos si quiere salirse de sí mismo pero el Teo no volverá a dormir tranquilo en mucho tiempo, al menos, mientras él siga vivo... aunque, sospecha, después de lo que le va a hacer, no durará mucho. Pasa por la cristalera del salón de actos y se mira en ella. Quizás él también necesite salir. Quizás ésta sea una manera como otra cualquiera de hacerlo.